

## CAPITULO LXII.

### LOS SOBERANOS Y LOS PRÍNCIPES EN PARÍS.

Cuando el Emperador de Rusia volvió de sus excursiones á Francia, el príncipe de Gortschakoff le reconvino suave y respetuosamente, por haber ido al gran volcan de las revoluciones modernas. Y en efecto, por todas partes pudo ver el asfixiante humo y la candente lava.

Fué á la ópera, é inmediatamente que llegó al boulevard de los Italianos, un grito inmenso, atronador de *¡Viva Polonia!* llenó los aires. Aquel grito era indudablemente el eco de las palpitations del corazon de Francia, que no podia ser indiferente al martirio de su infeliz hermana, de Polonia, de esa Grecia del Norte. Y estas manifestaciones se prolongaron de una manera alarmente para el gobierno francés. Acudió el Czar al Museo de Clunny. En el momento mismo de llegar, una gran multitud de estudiantes apiñada á la puerta, gritó: *¡Viva Polonia!* De allí se dirigió el Czar al palacio de Justicia. Los abogados, revestidos de sus togas gritaban: *¡Viva Polonia!* como indicando que en este templo de la ley no podia entrar sin oír una protesta contra el que ha

violado todas las leyes, sosteniendo la inicua supresion de un pueblo. Cuando el Czar vió la acogida que en el palacio de Justicia encontraba su cuasi divina persona, retrocedió sin pisar ni las escaleras. Entró en la Santa Capilla, y allí en el mismo santuario de la Edad Media, donde parece que debia dormir el espíritu de obediencia y de servidumbre, oyó la voz del siglo décimo-nono, rebelándose contra la infame crucifixion de Polonia. Por la noche, cuando iba á cualquier espectáculo, grandes grupos invocaban la resurreccion del martirizado pueblo con estruendosas aclamaciones. La policia hizo muchas prisiones en la entusiasta multitud, que demostraba no haber muerto en Francia la conciencia pública. Bien es verdad, que la prensa contribuyó en primer término á este resultado, porque dió la voz de que delante del Czar debia gritar todo el mundo fuertemente: *Viva Polonia.*— Y no sólo dispensaron este recibimiento al Czar de todas las Rusias, sino que se aperci-bieron á recibir de manera bastante análoga al Sultan de Constantinopla, cuya venida se

señalaba para mediados de Julio. También de este potentado tenían algo que decir los periódicos franceses. Recordaban que, mientras las músicas de París sonaran armoniosamente en su loor, el cañon turco resonaría en la isla de Candía, y cien mil cristianos, sacrificados por su amor á la independencia y su fé en la Cruz, maldecirían á la ciudad, capaz de olvidarse en fiestas y orgías de tantos y tan cruentos dolores.

No hablemos de las bromas á que se entregaban todos los parisienses con motivo de la visita del Rey de Prusia. Un periódico, y bastante imperialista, *La France*, presentaba á los gobiernos de Francia y de Prusia como dos gascones, más largos de lengua que de manos, cenando juntos despues de un duelo frustrado. Otro periódico decía que fué el Rey Guillermo alojado en las Tullerías, porque pidió no le alojaran en el Luxemburgo. Y á propósito, un gran escritor, Pelletan, y un gran periódico, *La Liberté*, el primero nada ménos que en la monumental guía de París acabada de publicar, y el segundo en artículo de crítica muy severo para las faltas ajenas, confunden la fundacion del Luxemburgo con la fundacion de las Tullerías, y á María de Médicis con Catalina de Médicis, es decir, á la mujer con la suegra de Enrique IV.

Pero, sigamos. El príncipe

imperialista hablaba con grave descortesía de dejarlo cesante, anexionando la Bélgica libre á la oprimida Francia. No sé qué hubieran dicho si llega á ir el anunciado hijo del sol, el esposo de la luna, la estrella de la mañana, el celeste, el supremo, el inmenso, el infinito, el inmortal, el insondable Emperador de la China, que esperaban á la sazón en Marsella para primeros de Agosto. Baste decir, que *El Figaro*, dirigido por un legitimista, estuvo tres días con el grave entredicho de no poder ser vendido en la vía pública, por haber escrito estas palabras respecto á las visitas de los Reyes: «puesto que el Mercado francés se halla rebozando reyes, nosotros no conocemos medio mejor de aderezarlos á la parisien, que consultar la Revolucion francesa.» Véase cómo la prensa de París tenía libertad de hablar de todo, con tal que no hable de la política interior. Y como estos franceses á veces han destronado reyes sin más objeto que cambiar de dueño, por veleidad de carácter, ya que no pueden hablar de los reyes de casa, hablan de los reyes de fuera, y París se divierte.

Pero vamos viendo á los diversos magnates. El rey de Bélgica es jóven, muy alto, de barba cerrada, de frente despejada, de ojos dulces, que revelan cierta inocente candidez. La Reina, su mujer, sería bella si no fuese

vida de corte, se ha dado al gran goce de todos los personajes muy notables por su posición ó por sus talentos, se ha dado al incógnito, á la oscuridad. Parecióme su figura muy simpática y su aire muy distinguido. Algunos ingleses se quejan de que es un tanto inclinado al partido tory. No me extraña. Ese instinto de conservación está en todas las monarquías. Pero las instituciones inglesas son tan poderosas que el Príncipe de Gales será lo que quieran los ingleses que sea. Hacia pocos días entonces que había sido invitado en domingo á unas carreras de caballos, la fiesta favorita de los aristócratas insulares. Mas observan el domingo con tal rigor, que en la Exposición cubren sus escaparates. El Príncipe puso el sábado un telégrama á su madre la Reina Victoria preguntándole si debía seguir la costumbre francesa, yendo el domingo á divertirse, ó la costumbre inglesa, quedándose el domingo en el recogimiento del hogar. La Reina le contestó que no saliera de casa, y no salió. El Príncipe Alfredo, hermano del de Gales, me pareció un gallardo jóven, de tez curtida por el sol, y de viveza meridional. Yo, al ver á los que Homero llamaba ya en su tiempo pastores de pueblos, decía: véase qué hora esta para fundar en nuevas bases el derecho internacional europeo. ¿Por qué no se había, despues de esta federación del trabajo, por qué no se había de proclamar la

consagración, superior aun, de las nacionalidades.

Se me olvidaba decir que todo esto no puede conseguirse, sino en el día en que se consiga plantear definitivamente el derecho. Y que el derecho no puede plantearse, sino en el día en que triunfe definitivamente la democracia. Y la democracia no puede triunfar, sino dentro de la República. Y la República ha de ahuyentar á todos estos reyes que se imaginan dueños, por derecho patrimonial y hereditario, de los infelices pueblos.

Pero sigamos viendo á los señores de Europa.

Preciso es confesarlo; el Sultan no hizo fortuna en París. Si la frase peca de inexacta, la sustituiremos por esta otra: el Sultan no hizo gracia en París. Las causas de esta desventura son varias. En primer lugar los parisienses aguardaban ver un sultan de las *Mil y una noches*, con su túnica de seda bordada de lentejuelas, su manto de grana, su turbante de plateada gasa sembrado de perlas, y sus collares de piedras preciosas, como si dijéramos, un Sultan todo de oro. Y el Sultan fué modestamente empaquetado en la conocida levita y en el prosáico pantalon de los uniformes europeos. En segundo lugar los parisienses prefieren ser conocidos por sus talentos á ser admirados por sus edificios. La gran capital no es más que la catedral.